



MICHAEL J. SANDEL,
Justicia. ¿Hacemos lo que debemos?,
traducción de Juan
Pedro Campos Gómez,
Debate, Madrid, 2011,
352 pp. ISBN 978-84-
8306-918-9. (*Justice: What's the Right Thing to Do?*, 2010).

No hace falta llegar al final del libro para comprender por qué desde hace años Michael Sandel imparte en la Universidad de Harvard el curso con más estudiantes matriculados. En torno a mil abarrotan cada año el Harvard's Sanders Theater para seguir el curso sobre "Justicia" y ya son cerca de quince mil los que lo han completado desde que comenzó a impartirse.

Leyendo el libro se comprende también que sus clases hayan sido grabadas y puestas a disposición de cualquiera que desee seguirlas a través de Internet (www.justiceharvard.org). Y es que Sandel ha dado con la fórmula para que los estudiantes más destacados de los Estados Unidos descubran que la filosofía política es fundamental no sólo para su formación académica sino, sobre todo, para desenvolverse en la vida.

1. MICHAEL SANDEL. Antes de entrar en el comentario del libro conviene presentar a su autor para los que no lo conozcan. Sandel obtuvo su doctorado en Oxford y pronto se estableció en Harvard, donde actualmente es Anne T. and Robert M. Bass Professor of Government. El reconocimiento internacional le llegó con la publicación de su libro *Liberalism and the Limits of Justice* (1981), que constituye una crítica a la obra fundamental de John

Rawls *A Theory of Justice* (1971). Igual que Rawls, que ofrece una sólida teoría de la justicia junto a una crítica demoledora del utilitarismo, el primer libro de Sandel constituye, a su vez, una crítica al liberalismo de Rawls y una apuesta por la teoría de la justicia de Aristóteles que irá perfilándose en algunas de sus obras posteriores. Sandel se unía así a un conjunto de filósofos, a los que se acabará reconociendo con la etiqueta de comunitaristas, que se apartan tanto del utilitarismo como del liberalismo de Rawls y que, siguiendo la estela de Aristóteles o Hegel, proponen concepciones de la justicia en las que la comunidad tiene una importancia decisiva. Entre esos autores, además del propio Sandel, destacan Michael Walzer, Alasdair MacIntyre y Charles Taylor.

La obra de Sandel no es extensa. Además del libro mencionado, ha publicado otros cuatro: *Democracy's Discontent: America in Search of a Public Philosophy* (Harvard University Press, 1996); *Public Philosophy: Essays on Morality in Politics* (Harvard University Press, 2005); *The Case Against Perfection: Ethics in the Age of Genetic Engineering* (Harvard University Press, 2007); y *Justice. What is the right thing to do?* (Harvard University Press, 2010). Todas estas obras, salvo *Democracy's Discontent*, han sido traducidas al español. En ellas da cuenta de un pensamiento que va desarrollándose, pero que no ha sufrido cambios sustantivos desde sus inicios.

En Michael Sandel cabe reconocer tres cualidades fundamentales: es uno de los pensadores de referencia a nivel internacional dentro del comunitarismo; es un profesor que ha acreditado una extraordinaria capacidad docente en la mejor universidad del mundo; y es un intelectual comprometido con su tiempo que par-



343

icipa activamente en los debates sobre las cuestiones más relevantes que plantea la actualidad: desde las células madre embrionarias o la manipulación genética, hasta el matrimonio homosexual o las políticas de discriminación inversa. De su calidad como pensador y docente ya he dicho algo. Su proyección pública se ha puesto de manifiesto en frecuentes colaboraciones, desde hace décadas, en algunos de los diarios y revistas más importantes de los Estados Unidos (*The New York Times*, *The New Republic*, *The Atlantic Monthly*, etc.). Además, fue miembro del *President's Council on Bioethics* entre 2001 y 2008, años en los que se produjeron apasionantes debates en la comunidad científica y en la opinión pública sobre la licitud de las investigaciones con células madre embrionarias o acerca de la mejora (*enhancement*) genética del ser humano.

2. JUSTICIA. Las tres cualidades mencionadas están presentes en todo su trabajo y, en particular, en el libro que comentamos. Su calidad docente se manifiesta en su prosa, clara y elegante, y en los argumentos que va proponiendo, que se siguen con enorme facilidad. Su compromiso social se evidencia en el modo en que presenta los planteamientos teóricos siempre entrelazados con los problemas de la actualidad. Así pone de manifiesto cómo las teorías informan las prácticas sociales y, a su vez, cómo las prácticas sociales ayudan a elaborar, esclarecer y evaluar las teorías. Por último, su condición de pensador comunitarista no deja de estar también presente en esta obra de carácter expositivo. Siendo una especie de manual o de introducción a las teorías de la justicia, Sandel no ha querido renunciar a presentarlas desde su específica perspectiva comunitarista. Y, al hacerlo, nos ofrece un jugoso diálogo con las formas rivales de pensamiento que tienen más presencia en el panorama filosófico político anglosajón, como son el utilitarismo y el liberalismo.

Justicia es, en principio, un texto que recoge las lecciones de su curso en el que repasa las principales teorías de la justicia desde Aristóteles hasta Rawls. Pero es mucho más. Es una guía para iniciarse en el razonamiento moral y político. Por ello, ha resultado tan atractivo tanto para estudiantes no familiarizados con la filosofía como, en general, para ciudadanos formados (conviene recordar que en Estados Unidos se han vendido más de un millón de copias del libro). Aunque también es un intento de proponer una filosofía política que supere la insatisfacción que recorre todas las sociedades democráticas del mundo con respecto al modelo de democracia dominante. Para Sandel, el problema no está sólo, ni quizá principalmente, en la distancia que todos advertimos entre los ideales democráticos que querríamos que informaran nuestras sociedades y la realidad política cotidiana. Entiende que el núcleo del problema está en que nuestros ideales de neutralidad moral a la hora de ordenar la sociedad son inviables y erróneos y que, por ello, generan buena parte de las disfuncionalidades que padecemos.

El libro se estructura en diez capítulos a lo largo de los cuales nos presenta (y, en su caso, critica) las siguientes teorías de la justicia: el utilitarismo, el libertarismo, el liberalismo igualitario y el comunitarismo aristotélico, posición con la que se identifica. Quien busque una obra erudita será mejor que acuda a otras obras. Aquí no se incluyen extensas relaciones bibliográficas con las aportaciones más recientes en cada una de estas teorías. Sandel se enfrenta directamente con sus principales artífices a lo largo de la historia: Aristóteles, Bentham, John Stuart Mill, Kant y Rawls. La confrontación quizá parezca insuficiente al experto en cada uno de estos autores, pero es difícil imaginar un tratamiento de estas cuestiones que sea, al mismo tiempo, tan riguroso como para no desvirtuar las teorías que presenta y, al mismo tiempo, suficientemente asequible como para suscitar el interés de un público formado, pero no especialista en la materia.

Con este libro puede suceder algo parecido a lo que se da en la música clásica. Para un melómano, un disco que ofrezca una selección de piezas musicales especialmente conocidas, interpretadas por un gran director (como, por ejemplo, Herbert von Karajan al frente de la Berliner Philharmoniker) le parecerá una obra carente de interés, e incluso un atentado contra la música clásica. Y sin negarle la razón, también habrá que reconocer que ese tipo de obras puede constituir una iniciación extraordinaria para esta música. Lo mismo puede decirse del libro *Justicia*. Pero con el añadido de que el lector no sólo recibe una aproximación básica a las teorías de la justicia; también descubre trascendencia en la vida actual y, además, conoce de primera mano una teoría de la justicia original (como es la del propio Sandel).

3. VALORES MORALES. Una de las tesis fundamentales del pensamiento de Sandel, que aparece en la última parte de su libro, la resume él mismo con estas palabras: “Puede que parezca que pedir a los ciudadanos democráticos que dejen sus convicciones morales y religiosas a un lado cuando entran en la esfera pública es una forma de garantizar la tolerancia y el respeto mutuo. En la práctica, sin embargo, lo cierto puede ser lo contrario. Decidir sobre importantes cuestiones públicas pretendiendo una neutralidad inasequible es una receta para el resentimiento y las reacciones viscerales en sentido contrario. Una política vaciada de un compromiso moral sustantivo conduce a una vida civil empobrecida. Además, brinda una invitación a los moralismos estrechos de miras e intolerantes. Los fundamentalistas vuelan donde los liberales no osan ni pisar” (*Justicia*, p. 276).

Para ilustrar y reforzar esta tesis, Sandel recurre a dos testimonios especialmente emblemáticos de su país, a dos de los presidentes más carismáticos de los Estados Unidos en los últimos cien años: John F. Kennedy y Barack Obama. El primero encarnó el espíritu del liberalismo neutral. Para Kennedy, la religión parecía estar asociada a “presiones o dictados externos” que podían distraerle del interés nacional. Por el contrario, desde los inicios de su carrera hacia la Casa Blanca Obama se apresuró a reconocer la importancia de los valores morales y religiosos en la ordenación justa de la vida social: “los laicistas se equivocan cuando les piden a los creyentes que dejen su religión en la puerta antes de entrar en la plaza pública... Nuestras leyes son, por definición, una codificación de la moral, buena parte de la cual se fundamenta en la tradición judeocristiana”¹.

¿Deben preceder los debates sobre la justicia a los debates sobre el bien moral o, más bien, los primeros son indisolubles de los segundos? ¿Deben tener los puntos de vista religiosos y morales presencia en la plaza pública o su sola comparecencia constituye una amenaza para la justicia? Las cuestiones no pueden tener mayor vigencia, tanto en Estados Unidos como en España y, en general, en cualquier sociedad. Ya hemos visto las respuestas que ofrece Sandel, alternativas al pensamiento liberal. Más allá de que se reconozca o no el acierto de la tesis defendida por Sandel en la

1 No se puede dejar de señalar que, a pesar de la manifestación de principios de Obama, cuando ha tenido ocasión de secundarla no siempre lo ha hecho. Concretamente, con el caso de las células madre embrionarias. No se trata de discutir ahora si acertó o no en apresurarse a revocar la política restrictiva seguida por su antecesor en la Casa Blanca. Lo que interesa ahora es que descalificó esa posición no en base a argumentos relativos a la protección debida al embrión humano, sino por considerarla una intromisión religiosa/ideológica en la ordenación de la vida pública y de la actividad científica: “Next, we are restoring science to its rightful place. On March 9th, I signed an executive memorandum with a clear message: Under my administration, the days of science taking a back seat to ideology are over. Our progress as a nation -- and our values as a nation -- are rooted in free and open inquiry. To undermine scientific integrity is to undermine our democracy. It is contrary to our way of life”; Barack Obama, *Remarks By the President at The National Academy of Sciences Annual Meeting*, 27 de abril de 2009, http://www.whitehouse.gov/the_press_office/Remarks-by-the-President-at-the-National-Academy-of-Sciences-Annual-Meeting/





última parte de su libro, sería interesante que en nuestro país nos esforzáramos por conseguir que este debate no nos conduzca a abdicar de los argumentos y a quedarnos sólo con las descalificaciones personales, como suele suceder.

Vicente Bellver Capella